

**PENÍNSULA**



**JAKE ADELSTEIN**

# TOKYO VICE

La historia del único periodista estadounidense infiltrado en la mayor organización criminal de Japón.

*EL LIBRO EN EL QUE SE BASA LA NUEVA SERIE DE HBO,  
DIRIGIDA POR MICHAEL MANN.*

**A LA VENTA EL 8 DE SEPTIEMBRE**

**VISITA DEL AUTOR**

**DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS EN MADRID**

# SINOPSIS

En 1993, a los veinticuatro años, Jake Adelstein se convierte, casi por casualidad, en el primer y único extranjero en la redacción del periódico japonés de mayor tirada del país del sol naciente. Desde la sección de sucesos, y en estrecha colaboración con el Departamento de Policía de Tokio, se adentra en los bajos fondos de la ciudad y aprende a escribir sobre extorsiones, asesinatos, tráfico de personas, corrupción y, por supuesto, todo lo relacionado con la yakuza. Años después, y convertido en uno de los principales interlocutores de la mafia nipona, Adelstein se ve de repente en una posición peligrosa y ambivalente que lo obligará a moverse en los límites de la ley y a participar en un juego con unas reglas que no domina.

A medio camino entre el *thriller* y el reportaje periodístico, *Tokyo Vice* es un ejemplo de la mejor literatura periodística, un relato trepidante no exento de sentido del humor que desgrana los códigos culturales de Japón al tiempo que retrata una de las organizaciones criminales más opacas del mundo.

«Cautivador... Adelstein nunca pierde el ojo para los detalles, y nos sorprende con su voluntad inagotable de salvar a los más desfavorecidos.» **Time**

«Fabuloso. Con humor negro y maneras de tipo duro, Adelstein lleva a los lectores a un viaje sombrío por los bajos fondos de Japón, y analiza las perversas relaciones entre periodistas, policías y mafiosos.»

**George Pelecanos, guionista y productor de la serie *The Wire***

«Un relato impagable, feroz y riguroso. Adelstein describe la mafia japonesa como nadie.»

**Roberto Saviano, autor de *Gomorra***

**Jake Adelstein** nació en 1969 en Missouri, Estados Unidos, y antes de cumplir los veinte años se trasladó a vivir a Japón para estudiar en la Universidad de Sophia, en Tokio. Tras licenciarse, se convirtió en el primer extranjero que entraba a formar parte de la redacción del mayor diario de Japón, el *Yomiuri Shinbun*. Cuando uno de los líderes de la mafia japonesa a los que investigaba lo amenazó de muerte, la mujer y los dos hijos de Adelstein se trasladaron a Estados Unidos y el FBI los puso bajo su protección. Él, por su parte, volvió, tras un paréntesis, a Japón y siguió con sus investigaciones sobre el crimen organizado. Tras dejar el *Yomiuri* en 2009, Adelstein ha trabajado como periodista de investigación para varios medios, como *Los Angeles Times*, *Asia Times*, *Vice News*, *Forbes* y el *Daily Beast*. También ha colaborado con el Proyecto Polaris, una organización internacional que lucha contra el tráfico de personas. Además de *Tokyo Vice*, ha escrito otros dos libros: *The Last Yakuza* y *Pay the Devil in Bitcoin*. En 2017, a la edad de cuarenta y ocho años, se convirtió en sacerdote budista.

## EL AUTOR



© Michael Lionstar

# EXTRACTOS DE LA OBRA

## Diez mil cigarrillos

«—**Haz que esa información desaparezca o te haremos desaparecer a ti.** Y quizá a tu familia. Pero empezaremos con ellos, para que aprendas la lección antes de morir.

El sicario, bien vestido, hablaba muy despacio, como se les habla a los imbéciles o a los niños, o como los japoneses les hablan a veces a los extranjeros que no se enteran de nada. No parecía que pudiera haber dudas sobre lo que me estaba proponiendo.

— Olvídate de este asunto y deja tu trabajo, y será como si nada hubiera pasado. Escribe el artículo y no habrá ningún lugar de este país en el que puedas esconderte de nosotros. ¿Lo has entendido?

«**No es aconsejable tener en contra a la Yamaguchi-gumi, la mayor organización criminal de Japón.** Tiene más de cuarenta mil miembros, y eso es cabrear a mucha gente. La mafia japonesa. **Puedes llamarla yakuza, pero muchos de ellos prefieren llamarse a sí mismos *gokudo*,** que significa literalmente «el camino final». La Yamaguchi-gumi ocupa la cúspide del vertedero *gokudo*. Y entre las muchas facciones que componen la Yamaguchi-gumi, **la Goto-gumi, con más de nueve mil miembros, es la peor de todas.** Cortan la cara a directores de cine, lanzan a personas de balcones de hotel, asaltan viviendas con excavadoras... Cosas así.»

«[...] —¿Te importa si me fumo un cigarrillo mientras lo pienso?

—Adelante — dijo él, más reservado que yo.»

[...]

«**No sabía qué decir ni qué hacer.** No tenía ni idea. El material que tenía no bastaba para escribir un artículo sobre el asunto. Joder, para mí aquello ni siquiera era un asunto. Aún. Él no lo sabía, pero yo sí. La información que tenía daba justo para estar metido en aquel desagradable cara a cara, pero para nada más.»

«**Lo único que yo sabía era que, en el verano de 2001, Tadamasa Goto había recibido un trasplante de hígado** en la Unidad de Oncología Hepática Dumont-UCLA, de la Universidad de California, en Los Ángeles. Yo sabía, o creía que sabía, el nombre del doctor que había llevado a cabo el trasplante. **Sabía, aproximadamente, lo que Goto había pagado para conseguir un hígado:** cerca de un millón de dólares, según algunas fuentes; tres millones, según otras. [...]Las autoridades del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas, el FBI y la Administración de Control de Drogas lo vigilaban. Estaba en la lista negra. No tendría que haber podido entrar en Estados Unidos.»

«Tragué saliva, exhalé, tragué más saliva y a continuación musité mi respuesta.

—Hecho — dije—. No escribiré... el reportaje... en el *Yomiuri*.

—Bien. — Parecía satisfecho de sí mismo—. Yo, en tu lugar, me iría de Japón. El viejo no está contento. Tienes mujer y dos hijos, ¿verdad? Tómate unas vacaciones.»

«**Hubo un tiempo en el que no me dedicaba a tocarle las pelotas a la yakuza,** en el que no era un periodista harto de su trabajo, con insomnio crónico y que fumaba un cigarrillo tras otro. Hubo un tiempo en el que no conocía al detective Sekiguchi ni había

oído el nombre de Tadamasa Goto, en el que ni siquiera sabía escribir un artículo decente sobre ladrones de bolsos en japonés, y la yakuza era algo de lo que solo había oído hablar en las películas.»

## El destino estará de tu lado

«**El 12 de julio de 1992 marcó un punto de inflexión en mi experiencia educativa en Japón.** Estaba pegado al teléfono, con los pies dentro de mi diminuta nevera — en plena canícula cualquier fuente de frío es buena— **esperando una llamada del *Yomiuri Shinbun*, el periódico más prestigioso del país.** [...]»

«[...] Disfrutaba de unos ingresos decentes gracias a que traducía vídeos formativos de kung-fu del inglés al japonés, lo que me situaba un escalón por encima de los que daban clases de inglés. Si lo combinaba con los masajes suecos que daba de vez en cuando a ricas amas de casa japonesas, ganaba lo suficiente para mis gastos diarios, pero seguía dependiendo de mis padres para pagar la matrícula. No tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. A la mayoría de mis compañeros de la universidad había empresas que se habían comprometido a darles un trabajo en cuanto se graduaran, una práctica llamada *naitei* y que es poco ética, pero que está muy extendida. Yo también tenía un empleo esperándome, en Sony Computer Entertainment, pero solo si ampliaba un año más mis estudios. No era un trabajo que me hiciera especial ilusión, pero era Sony, a fin de cuentas.»

«**En Japón, nadie llega a trabajar en los periódicos más importantes haciéndose primero un nombre en diarios de provincias o regionales.** Los periódicos contratan a la mayoría de sus reporteros de entre los recién graduados en la universidad, pero, antes, esos cachorros **tienen que aprobar unas “pruebas de acceso”** estandarizadas, algo así como una selectividad periodística.[...]»

«Las pruebas del *Asahi* y del *Yomiuri* eran el mismo día. Me apunté a las del *Yomiuri*.»

«[...] Quise impresionar a Inukai, que era mi amigo y el redactor jefe del periódico estudiantil, con mi elegancia a la hora de vestir, pero cuando me presenté en la oficina, situada en un sótano oscuro con aires de mazmorra, su reacción no fue la esperada.

—Mi más sentido pésame, Jake-kun.

[...]

«—¿Quién ha muerto?

—¿Qué? No ha muerto nadie. Todos mis conocidos están bien. [...]

—Entonces ¿ese traje te lo has comprado tú mismo?

—Sí. Treinta mil yenes.

Inukai estaba disfrutando con la situación. Estaba claro por el modo en que entornaba los ojos, como un cachorrito feliz.

—¿Qué clase de traje querías comprar? — preguntó con seriedad impostada.

—El anuncio decía que era *reifuku*. [...]

—¿Qué pasa? — pregunté—. ¿Qué problema hay?

—¡Idiota! ¡Te has comprado un traje para ir de entierro! ¡No reifuku, sino *mofuku*! —  
¿Qué diferencia hay?

—Los *mofuku* son negros. Nadie lleva un traje negro a una entrevista de trabajo.

—¿Nadie?

—Bueno, quizá un yakuza sí. —A ver, ¿y no puedo fingir que vengo de un funeral? Igual de paso les doy pena.

—Eso es verdad. La gente suele mostrar compasión con los que sufren deficiencias mentales.

—¿Qué voy a hacer?

—Cómprate otro traje — dijeron al unísono.

—No tengo dinero.

Inukai me miró pensativo.

—Mmm. Puede que, como eres un *gaijin*, no te lo tengan en cuenta. Quizá hasta piensen que es gracioso... Siempre y cuando no crean que eres idiota.

Y eso es lo que hice.»

[...]

«Como no había leído el folleto corporativo, me sorprendió que un periódico gestionara también una escuela de formación profesional. Por entonces aún **no sabía que el *Yomiuri* era mucho más que un medio de comunicación: era un vasto conglomerado de compañías** que abarcaban desde un parque de atracciones, Yomiuriland, hasta la agencia de viajes Yomiuri Ryoko, pasando por el hotel Yomiuri, en Kamakura, una posada tradicional japonesa. El *Yomiuri* tenía también su propio minihospital, en la tercera planta de la sede central de la corporación, dependencias para dormir en la cuarta planta, una cafetería, una farmacia, una librería y su propio fisioterapeuta. Al equipo de béisbol de la empresa, los Yomiuri Giants, se los suele comparar con los New York Yankees, por su popularidad en todo el país. Ocio, vacaciones, salud, deporte... En Japón era posible vivir sin tener que dejar jamás el imperio del *Yomiuri*.»

«Desde la estación, me limité a seguir a la muchedumbre de jóvenes japoneses vestidos con trajes de color azul marino y corbatas rojas, el atuendo que en la época se consideraba apropiado para buscar trabajo. [...]»

«El examen se dividía en cuatro partes. La primera era un examen de japonés; la segunda, de lenguas extranjeras, y podías escoger entre varias; la tercera era una redacción, y la cuarta una carta de presentación en la que tenías que venderte como potencial empleado.»

«La primera parte fue coser y cantar: acabé veinte minutos antes que el resto. Estuve allí sentado un buen rato, sintiéndome muy orgulloso de mí mismo, hasta que, despreocupadamente, le di la vuelta a la hoja del examen y me percaté de algo que hizo que me diera un vuelco el corazón: había preguntas también en aquel lado del folio.

Traté de acabar, pero temí haber echado a perder la prueba. Cuando acabó el tiempo, entregué lo que había hecho (o lo que no había hecho). Molesto conmigo mismo, volví a mi asiento, dispuesto a olvidarme del resto de la prueba e irme a casa.»

«Estaba allí sentado, pálido por la conmoción de lo ocurrido, cuando se me acercó un trabajador del *Yomiuri* y me dio un golpecito en el hombro. Llevaba un corte de pelo a tazón, como el de los Beatles, y gafas de montura metálica. Su voz ronca no encajaba ni con su altura ni con su aspecto. [...]

—Me ha llamado la atención verlo entre los solicitantes — dijo en japonés—. ¿Por qué se ha presentado a las pruebas?

—Bueno, pensé que si me iba bien quizá me sería más fácil conseguir un trabajo en la versión en inglés del periódico, el Daily Yomiuri.

—Le he echado un vistazo a su examen. Ha contestado muy bien a las primeras preguntas. ¿Qué ha pasado con las demás?

—Me da vergüenza reconocerlo, pero no me he dado cuenta de que había preguntas a los dos lados del papel hasta que ya era demasiado tarde.

—Aah. Deje que añada una nota. — Sacó una agenda del bolsillo de su chaqueta y garabateó algo en ella. Luego se dirigió de nuevo a mí—. Olvídense del Daily Yomiuri. Sería una lástima que desaprovechara su tiempo allí. Debería intentar entrar en el de verdad. Aún no es demasiado tarde. Estudia usted en Sophia, ¿verdad?

—Sí — respondí.

—Me lo parecía — dijo dándome una palmada en el hombro—. No se rinda.»

«[...] La siguiente parte era la prueba de lenguas extranjeras. Yo, llámame tonto, escogí el inglés, y fue allí donde todos aquellos meses traduciendo y subtitulando vídeos formativos de kung-fu al fin dieron sus frutos. Tuve que traducir un fragmento sobre la economía libre en Rusia del inglés al japonés, y un pasaje sobre el progreso social en la sociedad moderna del japonés al inglés. Conseguí acabar ambas traducciones antes de la siguiente pausa de diez minutos.»

«Luego tocaba la redacción. El tema era los *gaikokujin* o extranjeros y, tras la mala suerte de la primera prueba, empezaba a sentir que estaba tocado por la fortuna. Aquel era un asunto sobre el que a todos los extranjeros nos preguntaban con frecuencia y sobre el que, en Sophia, me habían hecho escribir varias veces.

A veces es mejor tener suerte que talento.»

«Resultó que, aunque mi examen de japonés había sido un desastre, quedé en la posición noventa de los cien candidatos, lo que significa que **mi prueba era mejor que la del diez por ciento de los solicitantes japoneses**. Quedé el primero en el apartado de lenguas extranjeras, tanto en la traducción del inglés al japonés como del japonés al inglés. De hecho, hice peor la traducción al inglés, lo que no dice mucho de mi dominio de mi propia lengua. Aprobé por los pelos la redacción, más por el contenido que por la gramática. En total, tras las tres primeras partes de la prueba tenía setenta y nueve puntos de los cien posibles, lo que me colocaba en la posición cincuenta y nueve sobre cien. No era ninguna maravilla, pero aun así me llamaron para hacer la entrevista. La única razón

que se me ocurre es que alguien se compadeció de mí por dejarme la página de detrás del examen de japonés.»

«La primera entrevista, que tuvo lugar tres semanas después, fue afortunadamente breve. Pude explicar mi metida de pata y me preguntaron cuáles eran mis expectativas con relación al trabajo y si estaba dispuesto a trabajar durante muchas horas. Yo dejé clara mi voluntad de esforzarme al máximo.»

«[...] Me dijeron que habría otras dos entrevistas y luego no supe nada durante varias semanas.»

«Un día, la frustración de vivir en el limbo me empujó a salir a la calle. Me metí a ver una película de terror de pésima calidad en un cine de Kabukicho.

De vuelta a casa tras la película, vi una máquina de aspecto extraño, de las que echan las cartas del tarot, a la entrada de unos recreativos. En el estado mental en el que me encontraba, me imaginé que podría ser una buena idea consultar a un experto. Introduje cien yenes en la máquina. La pantalla se iluminó y una espiral rosa y verde empezó a dar vueltas. Escogí la categoría — “trabajo” —, la adivina — “Madame Tantra” —, y añadí mi información personal.

El veredicto final: Rey de Espadas, boca arriba. Éxito.

Palabra clave: curiosidad.

El trabajo más adecuado para ti es el de redactor publicitario, corrector o cualquier otro que tenga que ver con la escritura. Para ese tipo de trabajo se necesitan habilidades literarias, pero también un cierto grado de vulgar figoneo (curiosidad). Como tienes ambos atributos, seguro que sabrás hacer uso de tus habilidades. Si despliegas tus antenas para buscar información y cultivas tu curiosidad morbosa en un sentido positivo, **EL DESTINO ESTARÁ DE TU LADO.**

No lo podía creer. Daba tan en el clavo que conservé el papelito. Fortalecido con los favores de la Fortuna, cogí el último tren a casa y comprobé el contestador automático: **había una llamada del Yomiuri pidiéndome que acudiera a una segunda ronda de entrevistas.»**

«La segunda ronda consistía en un panel de tres personas. Dos de los jueces parecían entusiasmados, pero el tercero me miraba como si yo fuera una mosca en su sashimi. Tuve la sensación de que mi candidatura había causado controversia. Tras una serie de preguntas, uno de ellos me preguntó lo siguiente, muy serio.

—Usted es judío, ¿verdad?

—Sí, en teoría, sí.

—Hay mucha gente en Japón que cree que los judíos controlan la economía mundial. ¿Qué opina al respecto?

—¿Creen que si los judíos controlaran de verdad la economía mundial — me apresuré a contestar— me presentaría para un trabajo como periodista aquí? Sé cuál es el salario del primer año.

Supongo que era la respuesta correcta, porque se rio entre dientes y me guiñó un ojo. No hubo más preguntas. Me levanté para irme, pero uno de ellos me detuvo.

—Adelstein-san, habrá solo una ronda más de entrevistas. Si lo llaman para acudir, es que ha entrado. Llamaremos a los candidatos el 12 de julio. Asegúrese de estar en casa ese día. Solo haremos una llamada.»

[...]

«La última entrevista fue muy bien. [...]

—**Enhorabuena. Estás contratado.** El papeleo te llegará por correo. — Mientras me acompañaba a la puerta, me susurró al oído con aire cómplice—: Yo también me gradué en Sophia. He oído hablar bien de ti a tus profesores. Me alegra que haya otro graduado de Sophia a bordo.»

### **El *Manual del perfecto suicida***

«Los japoneses creen que hay una manera correcta de vivir, de amar, de lograr que una mujer tenga un orgasmo, de cortarse el dedo meñique, de sacarse los zapatos, de golpear con un bate, de escribir un artículo sobre un homicidio, de morir; incluso de suicidarse. **Hay una manera correcta — una manera perfecta— de hacerlo todo.**»

«**La veneración por “la manera” — el ideograma es el *tao* de la filosofía china— es parte integral de la sociedad japonesa**, una sociedad a la que le chiflan los manuales y a la que le encanta seguir las instrucciones al pie de la letra, literalmente. [...]

«[...] **La obsesión de los japoneses con los manuales no ha disminuido con el tiempo.** [...] Amazon Japón ([www.amazon.co.jp](http://www.amazon.co.jp)) tenía 9.994 manuales en su web en el momento de escribir este capítulo y tanto su posición en el escalafón de ventas como los propios libros son un microcosmos de la sociedad japonesa.»

«**El libro más vendido era un manual para saber cómo discutir con los coreanos** (tanto en Japón como en Corea del Sur; no puedo hablar por Corea del Norte) que no tienen nada bueno que decir sobre Japón. Los coreanos se quejan continuamente de que Japón invadió Corea, esclavizó a sus habitantes, violó a sus mujeres, prohibió su lengua y su cultura, sometió a prisioneros de guerra a experimentos biológicos y secuestró a miles de ciudadanos a los que envió a Japón para trabajar en talleres industriales. La idea principal del libro es la siguiente: dile a esos coreanos tan pesados que dejen de exagerar y cierren la boca.»

«**El número dos en la lista de más vendidos, *Kabu no zei-kin*, era un manual para hacer la declaración de la renta en caso de tener o vender acciones.** La popularidad del título hace pensar que hay un considerable flujo de dinero entrando y saliendo en el mercado de valores japonés.

«**El número tres era un manual para aspirantes a caseros.** Cuando los solares escasean y la vivienda es cara, convertirse en propietario es el mejor camino para los que buscan lujo y fortuna. El problema es que en Japón hay leyes que protegen los derechos de los inquilinos y son leyes duras, lo que ya se sabe que lo complica todo. Ahí es donde el manual adquiere utilidad, imagino, y hace que el dinero siga fluyendo.»

«**El número cuatro era un habitual de la lista: el *Manual del perfecto suicida*.** El título lo dice todo, y se corresponde al pie de la letra con el contenido del libro. Más adelante hablaremos de él.»



«El número cinco era el *Manual de la felación y el cunni-lingus superorgásmicos con más de cuatrocientas fotos*. No me lo estoy inventando. Los japoneses tienen un enorme apetito sexual y son perfeccionistas, de modo que un libro así satisface las necesidades de un nicho de mercado importante. [...]»

«El número seis era el *Manual de reanimación cardíaca avanzada*, de la Sociedad Estadounidense del Corazón, traducido al japonés. Sospecho que muchos de los que compran el número cinco adquieren también el número seis.»

«El número siete era *Sexo: un manual de preliminares*. El hecho de que esté en la séptima posición y no en la quinta sugiere que la mayoría de los japoneses ya han asimilado los fundamentos de la relación sexual antes de salir a comprar libros.»

«El número ocho era un libro para ingenieros que querían aprobar un examen muy difícil. Solo el título ya me da dolor de cabeza, de modo que no lo mencionaré aquí. Me limitaré a señalar que hay muchos japoneses a los que les gusta estudiar materias muy técnicas y sesudas, y que acaban trabajando luego en esos mismos ámbitos.»

«El número nueve era *El soltero de oro (cómo ligar): un manual con cuarenta [técnicas]. Lo que las mujeres, en el fondo de su corazón, quieren de verdad de los hombres*. [...] Quizá pueda parecer extraño que un libro que habla sobre cómo lograr que una mujer tenga mejores orgasmos venda más que un libro sobre cómo conseguir que una mujer te haga caso para empezar; el equivalente de algún modo a vender la leche antes de ordeñar la vaca. [...] »

«El número diez era *El manual indispensable del Centro Nacional de Pruebas de Acceso a la Universidad*. En Japón, la universidad en la que estudias determina el resto de tu vida. Conseguir graduarse no es, por lo general, tan importante, aunque abandonar los estudios puede inclinar la balanza. Si eres capaz de superar las pruebas de acceso de una universidad de renombre, el 90 % de la batalla para conseguir un buen empleo está ganada. [...]»

[...]

«En mi segundo año como periodista, **pude ver de primera mano uno de esos manuales en acción**. Me llegó un mensaje al busca con el aviso de que llamara a Takagi, el médico forense de la brigada de homicidios de Urawa.»

«[...] **En Japón, pocas veces se tiene la oportunidad de ver la escena de un crimen**. Las transmisiones de radio de la policía pasaron a ser digitales a principios de los noventa, lo que hizo imposible que pudiéramos escuchar los escáneres policiales. A menos que tuvieras de tu parte a alguien del Departamento de Comunicación, pasaban varias horas entre que la policía llegaba al lugar de los hechos y el momento en el que se informaba a la prensa de que se había cometido un delito. Por lo general, para cuando llegábamos a la escena del crimen, la policía ya había acordonado un área muy amplia con el precinto policial amarillo conocido por todos.»

«Takagi y yo teníamos una buena relación laboral. Él estaba destinado a la división de crímenes violentos del Departamento de Policía de Urawa. Su formación médica lo capacitaba para ejecutar ciertas tareas de criminalística, las más sencillas, en el lugar del crimen. [...]»

«Me presenté en la que pronto sería la escena del crimen exactamente quince minutos después de su llamada. Era un edificio de apartamentos de cinco pisos, el típico bloque de pisos anodino con la ropa colgando de los balcones. Takagi me saludó sin grandes ceremonias y me llevó a la cuarta planta. Me condujo por el pasillo y abrió la puerta metálica del piso en cuestión.»

«Takagi me llevó a la habitación de atrás, que parecía la de un chico adolescente: carteles en la pared de ídolos japoneses adolescentes con mala dentadura, montones de mangas apilados en una esquina y envases de ramen instantáneo por el suelo. **El chico estaba tumbado en la parte de arriba de una litera, de cara a la pared, con la espalda desnuda hacia nosotros.**»

«Me rodeó los hombros con el brazo y me llevó junto al chico. Al observarlo más de cerca vi que, pegado a la espalda, tenía un papel con una letra minúscula que decía: “No me toquéis, por favor. Peligro inminente de electrocución”. **Me incliné por encima de él y vi varios cables, pegados con cinta adhesiva a su pecho y a sus pezones, que recorrían la pared e iban a parar a un enchufe.**»

[...]

«—¿Qué ha pasado?

—Esto es lo que ha pasado — dijo Takagi, cogiendo un libro de una mesa que había junto a la cama. **Era el *Manual del perfecto suicida*—. El chico se ha estudiado la parte que habla de la electrocución y ha seguido las instrucciones al pie de la letra.** Toma, yo te lo aguanto. Lee. Pero no lo toques.»

«Según el manual, la electrocución es prácticamente indolora. Solo notas un pinchazo en el momento de la primera descarga, pero de inmediato dejas de respirar, se produce un cortocircuito en tu corazón y mueres al cabo de pocos segundos. Una muerte limpia. El cuerpo no sufre apenas daños, de modo que es posible que el funeral se celebre con el ataúd abierto. El autor hacía notar que muy pocas personas escogían suicidarse así, pero que la autoelectrocución es barata, indolora y rápida: en caso de querer morir, era un método que valía la pena reevaluar.»

«—Deberías publicar algo sobre eso — me dijo Takagi—. **Nosotros no vamos a hacer pública la muerte del chico, pero creo que hay que hablar de ese libro.** Es diabólico. Los padres deberían saberlo, y si ven este libro en la habitación de sus hijos, deberían preocuparse. **No ayuda a suicidarse, sino que incita a hacerlo.**»

«[...] Escribí el artículo ese mismo día. No estaba seguro del todo sobre si debía hacerlo. De algún modo, tenía la sensación de estar haciéndole publicidad al libro; aunque, si de ese modo conseguía que más personas fueran conscientes de su naturaleza insidiosa, quizá fuera algo bueno.»

«[...] **¿en qué otros aspectos los manuales forman parte de la vida cotidiana en Japón?** Bueno, quiero recordar que lo primero que me pusieron en las manos cuando empecé a trabajar como periodista de sucesos fue un manual: *Un día en la vida del periodista de sucesos*.»

«**Cuando eres un novato de la información de sucesos, tu trabajo es hacerte amigo de los investigadores** de menor categoría y estar atento por si acaso puedes pescar algún caso interesante antes de que la sede central le eche el diente. Si se te da bien tu

trabajo, desde esa posición de inferioridad puedes conseguir alguna primicia, lo que por lo general significa enterarse de una detención antes de que se anuncie de forma oficial.»

«La policía emite comunicados de manera regular sobre los casos que tiene entre manos, por lo general en forma de breves notas de prensa que se espera que el periodista complete haciendo preguntas por teléfono o yendo a la escena del crimen.»

«Los casos importantes se anuncian con antelación y, además de enviar una escueta nota informativa, se convoca una rueda de prensa, que se celebra en la sala reservada para estas funciones que hay en el edificio de la sede central de la policía de cada prefectura. En las comisarías más grandes, las salas a veces están equipadas con todo lo necesario para las transmisiones de prensa.»

**«Lo que no aparece en ningún manual es cómo llevarse bien con los policías, que es quizá el trabajo más importante del periodista de sucesos. [...] »**

### **¿Qué fue de Lucie Blackman?**

**«Tenía que llamar al Reino Unido, a Tim Blackman.** Le había prometido que lo haría. **Quería que le dijera lo que le había pasado a su hija,** Lucie, en cuanto lo supiera.»

«El señor Blackman había cabreado tanto al Departamento de Policía de Tokio durante su cruzada para encontrar a su hija que era la última persona con la que los polis iban a hablar de nada. Sabían que todo lo que le dijeran acabaría sabiéndolo la prensa, y eso no les gustaba. Él era consciente de que no iban a tenerlo al corriente. Pero también quería enterarse de lo ocurrido por alguien a quien conociera, y no leerlo en el periódico. Yo le había prometido que, en cuanto se supiera algo definitivo, lo llamaría para decírselo, a cualquier hora del día o de la noche, en cualquier momento. Y aquel era el momento.»

**«Lucie Blackman, su hija mayor, había desaparecido** el 1 de julio de 2000. [...] **Había todo un universo de corrupción y abusos sexuales bajo la fachada despreocupada y provocadora de la industria del sexo en Japón** del que yo no sabía nada. [...]»

«Lucie, una joven británica, había llegado a Japón el 4 de mayo de 2000. Había estado trabajando como azafata para British Airways a tiempo parcial, pero su mejor amiga, Louise Phillips, la había convencido de que podía pasarlo muy bien y ganar mucho dinero yendo a Japón a trabajar como chica de compañía.»

[...]

«[...] El 9 de mayo, **Lucie y Louise ya estaban trabajando en el Casablanca, [...] el primer bar de strippers extranjeras de Roppongi.** Había otras nueve chicas en el club en aquella época y todas, menos Louise, eran rubias. Les pagaban cinco mil yenes, unos cincuenta dólares, por hora. Completaban sus ingresos con las comisiones que cobraban por las bebidas y cuando un cliente pedía específicamente por ellas. Tres semanas después, el 1 de julio, Lucie llamó a Louise desde Shibuya y le dijo: “He quedado con un cliente del club, y me va a comprar un móvil. Me muero de ganas”. **Por la noche llamó a Louise de nuevo y le dijo que iba de camino a casa. Fue la última vez que supieron de ella.**»

«El 3 de julio, Louise recibió una llamada muy extraña en su móvil. Era de un japonés que dijo llamarse Akira Takagi. “Lucie ha entrado en una secta en la prefectura de Chiba — le dijo a Louise—. No puede volver a casa. No te preocupes por ella”.»

«Ahí es cuando Louise empezó a preocuparse de verdad. Fue a la embajada británica a pedir consejo y luego a la comisaría de Azabu a poner una denuncia por la desaparición de Lucie. La policía de la zona actuó desde el principio como si hubiera preferido no tener que ocuparse del caso. Pero se había informado a la embajada y la misteriosa llamada telefónica era difícil de ignorar. Si no hubiera sido por aquella llamada, quizá nunca se hubiera puesto en marcha una investigación con todas las de la ley. El 9 de julio, **la división de investigación del DPT (a cargo de homicidios, atracos y otros crímenes violentos) decidió finalmente tomar las riendas del caso.** [...]»

«En torno a aquella época me llamó Nishijima, un veterano periodista de sucesos al que todos llamaban Pablo, para que lo ayudara a cubrir la noticia [...]»

«Pablo, que era la mano derecha de Yamamoto, parecía extranjero. Había un ancestro americano en algún lugar de su árbol genealógico y tenía un aspecto casi latino. Uno de nuestros compañeros solía decir que en realidad había tres extranjeros en la sección de nacional: un mongol (Yamamoto), un judío (yo) y un mexicano (Pablo).»

«Por teléfono, Pablo no se anduvo con rodeos:

—En fin, **Jake, parece que esta vez quizá puedas ser útil, para variar. La víctima es extranjera y todos sus amigos son extranjeros.** Necesitamos a alguien que pueda integrarse en ese ambiente y hablar con la gente que la conocía a ella y a su familia. Esa sería tu misión. ¿Te interesa?

Claro, le dije.»

«[...] Lo que sabían los polis en aquel momento con relación a Lucie era lo siguiente:

La última vez que alguien había visto a Lucie, el día de su desaparición, llevaba un vestido negro, sandalias negras y un bolso negro. En el interior de este último, una cartera de piel de cocodrilo marrón que se doblaba por la mitad, con un poco de suelto dentro. Se había puesto una cadena en el cuello con un diamante en forma de corazón y un reloj de pulsera de Armani de esfera cuadrada. Lucie había trabajado casi un año y medio en British Airways como auxiliar de vuelo. Su padre no le había prohibido que fuera a Japón; ella tenía dinero, y él le había enviado dinero también. Les había dicho a sus padres que era posible hacer turismo en Japón y al mismo tiempo ganar algo de dinero con trabajillos esporádicos. No pensaba quedarse demasiado tiempo.»

«**Yo no tenía ni idea de por dónde empezar a mirar, pero imaginé que dónde mejor que el club en el que había trabajado Lucie.** Por desgracia, cuando llegué allí había un cartel en la puerta en el que se leía CERRADO POR OBRAS. No parecía un buen comienzo.»

«[...] en torno al 20 de julio de 2000, **llegó a la comisaría de Azabu una carta muy rara, enviada en teoría por la propia Lucie Blackman.** La carta tenía matasellos de la prefectura de Chiba, el lugar donde se suponía que Lucie estaba siguiendo un curso de formación espiritual. Les dije a la policía y a su familia que abandonaran la búsqueda. Los policías de Azabu pensaron que, o bien era una broma, o un intento del culpable de desviar la investigación.»

«**Para mí estaba claro que la carta la había escrito un japonés haciéndose pasar por un hablante nativo del inglés.** El uso incorrecto de algunas preposiciones y artículos y la rigidez de la prosa, junto con cierta tendencia a utilizar dobles negaciones, indicaba a las claras que lo había escrito alguien cuyo idioma nativo era el japonés. [...]»

«Lo único que parecía que podía llevar a algo eran las informaciones sobre un hombre que se hacía llamar Yuji, un hombre de pelo largo y canoso que frecuentaba los hostess clubs de extranjeras de Roppongi, Akasaka y Ginza.»

«Me inventé un nombre falso y una profesión no demasiado alejada de la mía: investigador de una compañía de seguros. Me hice una tarjeta falsa, me compré un segundo móvil y cada fin de semana iba a los bajos fondos de Roppongi en busca de alguien que conociera a Lucie o al cliente que se la había llevado a pasar el día a la playa.»

«El único otro dato sólido que tenía era que Yuji solía acudir a un local llamado Club Codex. Fui a comprobarlo. Lo regentaba un japonés llamado Slick.»

«El otro nombre que surgía a menudo en las conversaciones con los habituales del lugar era el de Joji Obara, un rico propietario de bienes raíces y promotor inmobiliario de cuarenta y ocho años asiduo a los hostess clubs de Roppongi.»

«[...] El 1 de octubre, **Obara era ya oficialmente sospechoso, y el 12 la policía lo arrestó por una agresión sexual, aunque no la de Lucie Blackman.**»

«La fiscalía, más adelante, llegaría a la conclusión de que, "ya en 1973, Obara llevaba con frecuencia a mujeres a su apartamento en Zushi y les daba bebidas mezcladas con narcóticos que les causaban somnolencia o un deterioro de sus funciones cognitivas y, cuando perdían la conciencia, mantenía con ellas relaciones sexuales ilícitas (o las agredía sexualmente) mientras lo grababa todo en vídeo o por otro medio. Lo llamaba "juego de subyugación".»

«A partir de 16 de octubre, **las pruebas que demostraban que Obara era un violador en serie y que lo relacionaban con lo ocurrido con Lucie empezaron a ser abrumadoras.** Tras la desaparición de la chica, Obara fue visto en un apartamento de Miura que no había utilizado en años. Llevaba las manos cubiertas de cemento. Se negó a dejar que el conserje del apartamento entrara en su habitación. Lo sorprendieron tratando de cambiar la cerradura del apartamento del conserje; lo había confundido con el suyo. **Se lo vio cerca de la playa con una pala.**»

«**La prueba más contundente eran las cintas de vídeo.** La policía confirmó que había más de un centenar de grabaciones de Obara agrediendo sexualmente a diversas mujeres, sobre todo de origen caucásico.»

«**Lucie no aparecía en ninguna de las cintas.** Las grabaciones estaban en orden semicronológico, pero no había ninguna que se hubiera hecho en torno a la fecha en que Lucie había desaparecido. A finales de octubre, el ministerio fiscal acusó a Obara del primero de muchos cargos.»

[...]

«**A la policía no le llevó mucho tiempo esta vez encontrar el cuerpo,** escondido tras una pared improvisada en una cueva junto a la orilla. A parecer, el hedor de la carne en

descomposición era tan fuerte que algunos de los agentes más jóvenes se marearon. **Encontraron la cabeza de Lucie revestida de hormigón.** No se pudo identificar el cadáver ese mismo día, pero todo el mundo sabía quién era. Sapito me llamó desde la escena del crimen y me contó lo que había. Sabía que yo hablaba con Tim. Supongo que quería que yo se lo dijera.»

«El 10 de febrero **se confirmó que el cadáver era de Lucie.** A principios de abril, Obara **fue acusado oficialmente de violarla, de causar su muerte, de mutilar el cuerpo y de abandonarlo en la cueva.** En el primer juicio lo declararon no culpable de los cargos relacionados con Lucie. Los tribunales japoneses a veces me dejaban de piedra. Por otro lado, lo condenaron a cadena perpetua por ocho violaciones y otros cargos.»

«[...] **¿cómo es posible que Obara se pasara diez años violando a una mujer tras otra, presuntamente, y que la policía no lo atrapara antes?»**

«**No es que la policía no ponga todo su empeño en los crímenes en los que las víctimas son mujeres extranjeras: es que no lo pone en ninguno en el que las mujeres en general sean las víctimas.** Siguen sin ser capaz de anticipar que un comportamiento predatorio como el exhibido por Obara pueda desembocar en daños graves o incluso en una muerte.»

«**La policía no trata a las chicas de compañía como víctimas sino como victimarias,** como prostitutas codiciosas y manipuladoras. **Sobre todo a las que son extranjeras.** No sé qué podría hacerse para cambiar esa mentalidad. **La víctima, por más que sea prostituta, sigue siendo una víctima. Las prostitutas tienen derecho a decir que no.** Y una mujer a la que drogan en contra de su voluntad no puede decir nada en absoluto.»

«Una fuente en la embajada británica me dijo que sobre Obara se habían presentado denuncias muchos años antes de la desaparición de Lucie. No sé si es verdad; no consigo que nadie en el DPT me lo confirme de forma oficial. Lo que sí sé es que, **si alguien se hubiera tomado esas denuncias en serio, no solo Obara habría ido a la cárcel mucho antes, sino que Lucie Blackman seguiría con vida.**»

## **El imperio del tráfico humano**

«Creo que empecé a quemarme como periodista durante el período en que cubrí ese lado tan feo de la **industria del sexo japonesa.** [...]»

«**Cuando llevas unos años como periodista de sucesos, te vuelves insensible.** Es natural. Si lloraras por cada víctima o compartieras el dolor de la familia, te volverías loco. Asesinato, incendio provocado, atraco a mano armada, suicidio familiar... Todo termina siendo lo mismo. **Acabas deshumanizando a las víctimas,** incluso enfadándote con ellas por arruinarte el día libre o las vacaciones que habías planeado. Suena horrible, y lo es. Pero así son las cosas.»

[...]

«Había informado sobre Kabukicho y buscado pistas en Roppongi. Las chicas de Maid Station habían sido muy francas a la hora de explicar cómo funcionaba el negocio. Estaba bastante familiarizado con los aspectos jurídicos de la industria del sexo en Japón. De hecho, **yo pensaba que todo aquello de la esclavitud sexual era una leyenda urbana**

surgida de la mente de burócratas puritanos de Occidente que no entendían la cultura sexual japonesa. Pero, sobre eso, **estaba a punto de recibir una lección.**»

«—Me ha dado tu teléfono una amiga. Es stripper en el Kama Sutra; me dijo que quizá podrías ayudarme. —Veámoslo.

—Trabajo en un sitio en el que hay varias chicas nuevas. Son polacas, rusas, estonias, y parecen estar allí... coaccionadas.

—Mmm. ¿Qué quieres decir?

—Las obligan a trabajar y no les pagan. **Son... como esclavas.**»

[...]

«**Se llamaba Helena.** No era su nombre de verdad, claro, pero le pegaba. Quedamos en un Starbucks de Roppongi, en la segunda planta. [...]

«Helena había llegado a Japón desde Australia en 2001. Había empezado enseñando inglés en Berlitz y trabajando de vez en cuando de chica de compañía. Una noche, después de una de sus clases, fue a tomar algo con uno de sus estudiantes, un hombre de negocios de unos cincuenta años, y acabaron en un hotel por horas. Al terminar, él le dejó cinco billetes de diez mil yenes (unos quinientos dólares) en la cama y le dijo que eran para sus "gastos de viaje".»

«—**Soy prostituta por decisión propia.** Me gusta el sexo. Y gano mucho más de lo que ganaría dando clases de inglés. No tengo ningún problema con lo que hago para vivir. **Con lo que tengo un problema es con que obliguen a mujeres que no quieren ser prostitutas a serlo.** Tengo un problema con los gilipollas que hacen que eso ocurra. [...]

» **Hay dos tipos que están al mando en Roppongi** y que le proporcionan chicas al club en el que trabajo. **Uno es japonés y todo el mundo lo llama Slick, y el otro es un tipo medio holandés, medio israelí llamado Viktor.** Son los dueños de cinco o seis clubes; reclutan a mujeres en el extranjero, la mayoría de las veces en países pobres, a través de anuncios o de intermediarios, y las traen a Japón. Las llevan a clubes de alterne y les quitan todo lo que es suyo.»

«La empresa que estaba al frente de la operación era, para sorpresa de nadie, J Enterprise, una sociedad de responsabilidad limitada con sede en Roppongi que no estaba registrada ante las autoridades japonesas. El dueño de la compañía era Slick Imai. Viktor era su socio. El negocio consistía en traer a mujeres extranjeras al área de Tokio y colocarlas en clubes de alterne y salones de masaje. Slick dirigía cuatro clubes — Ángel, El Cubil de los Placeres, Club Divine y Club Codex— en el área de Roppongi; abastecía a El Cubil de las Delicias, en Shubiya, y ofrecía también un servicio de escorts. Era el rey de la carne extranjera de la zona y se embolsaba el equivalente a veinte mil dólares al mes. [...]

» Slick era intocable. Era algo que yo ya sospechaba, porque la información que había proporcionado Slick había sido clave para resolver el caso de Lucie Blackman. Mientras no cambiara el jefe del DPT en la jurisdicción de Roppongi, él podía hacer lo que quisiera. Slick había hecho una sola buena acción en toda su vida, y el mundo estaba pagando las consecuencias desde entonces.

Viktor reclutaba a mujeres sobre todo en Europa. Se encargaba de la logística y organizaba los viajes sexuales a las Maldivas, que era donde de verdad se movía dinero.»

«Tenía el número de teléfono de Slick de la época del caso de Lucie Blackman. [...]

—Viktor tiene una versión de los hechos muy distinta — intervine, echándome un farol—. Dice que tú eres el que se encarga de todo. El que les miente a las chicas y se lleva su dinero. Llámalo, si no me crees; aquí tienes su teléfono. — Le pasé mi móvil, en el que podía verse el número de Viktor. Aquello lo desconcertó. Lanzó una maldición en voz baja. Se tiró de la coleta e hinchó los orificios nasales.

—Viktor es un puto mentiroso — dijo al fin en un inglés de acento británico, apretando los dientes. Decidió que hablaría. Cuando terminó, teníamos lo que necesitábamos para el artículo. Había reconocido haber robado pasaportes, haber coaccionado de vez en cuando a las chicas, actuar como proxeneta de mujeres extranjeras e infringir las leyes japonesas.»

«**El artículo se publicó en la edición matinal del periódico** del 8 de febrero de 2004. Las reacciones en el *Yomiuri* fueron buenas, en cierto modo, y yo estaba entusiasmado. Ingenuamente, esperaba que hubiera consecuencias; que se hiciera justicia, incluso.

**¿En qué coño estaba pensando? ¿De verdad creía que el DPT se abalanzaría sobre Slick y Viktor, les cerraría el negocio y liberaría a las mujeres?»**

«Emocionado, cogí todos mis archivos, los datos que había reunido, los números de teléfono, y me presenté en el despacho de Slim a las diez de la mañana.

—Buen trabajo, Jake — dijo, muy cordial—. Un artículo muy interesante.

—Gracias — contesté, orgulloso de mí mismo—. ¿Vais a ir a por esos imbéciles?

—Me gustaría. ¿Crees que podrías conseguir que una de esas mujeres viniera a hablar conmigo y denunciara los hechos?

—Creo que podría. Pero le ofreceréis protección, ¿verdad?

—No, me temo que tendríamos que detenerla por trabajar ilegalmente con un visado de turista y deportarla. Pero con su testimonio podríamos pillar a dos tipos por infringir las leyes de inmigración y quizá unas cuantas más. Así podríamos cerrarles el negocio. No me estaba gustando cómo sonaba aquello.

—Pero ¿por qué tenéis que detener a la mujer? ¿Quién se va a prestar a presentar una denuncia solo para acabar en la cárcel? —Bueno, es la ley. Tenemos que hacer que se cumplan las leyes. Rebusqué entre mis papeles y extraje una directiva de la Agencia Nacional de Policía.

—Mira — dije—, aquí pone que la policía en Japón hará todo lo posible para acabar con el tráfico de personas y proteger a las víctimas de quienes incurran en esas prácticas.

—Jake — resopló—, eso es pura propaganda de la ANP. Está muy lejos de la realidad. De ninguna manera podemos ignorar que alguien está trabajando aquí de forma ilegal ni tampoco proteger a esa persona, incluso aunque sea una víctima. No hay criterios para identificar a las víctimas de la trata de personas. Por eso es imposible ir contra los traficantes. A las víctimas se las considera trabajadoras ilegales y se las repatría



a la fuerza. Y como no hay testigos, no se las puede acusar de nada. Si no detenemos a una de las mujeres a las que engañaron para trabajar para esa gente, no estaríamos haciendo nuestro trabajo.

Es decir, que **podía salvar a todo un grupo de mujeres de que las explotaran, pero a cambio tenía que delatar a mis fuentes, incluida a Helena.** Tenía que sacrificarlas. No podía hacerlo. Furioso y abatido, le di los números de Viktor y de Slick y recogí mis cosas, ansioso por largarme de allí. [...]»

«Por primera vez, estaba muy decepcionado con la policía. Sabía que solo podían actuar si había leyes que se lo permitían, pero quería que, pese a todo, hicieran algo.

**Viktor siguió trayendo mujeres. Slick siguió ganando dinero.** Un par de clubes renunciaron a sus servicios tras el artículo. Algunas personas se mantuvieron lejos de los viajes a las Maldivas. Pero, en el fondo, nada cambió. Helena no estaba contenta conmigo. Yo no estaba contento conmigo. De hecho, **estaba tan desesperado y frustrado que cogí todo lo que tenía sobre aquella debacle y se lo pasé a mi contacto en del Departamento de Estado de la Embajada de Estados Unidos.** Supuse que al menos serviría como carne de cañón para el siguiente libro blanco anual sobre el tráfico de personas.»

«**No renuncié a la idea de hacer caer a Viktor y Slick. Al final, ambos acabaron en la cárcel.** La brigada antidroga se interesó por Slick, hubo una redada en sus clubes y se quedó sin negocio. Alguien proporcionó información sobre las empresas de Viktor tanto a los agentes de aduanas japoneses como a la policía de los Países Bajos y acabó entre rejas. Al parecer, alguien también le dio su nombre a la yakuza local, que le pegó una paliza por pisarles el terreno.

Yo había hecho que las cosas cambiaran. No, mejor dicho, **Helena y yo habíamos hecho que las cosas cambiaran.** Ella había tenido la valentía de ponerse en contacto conmigo y gran parte de la información de la primera noticia la había conseguido ella. Si hubiera justicia en este mundo, su nombre también habría aparecido en la firma.»



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

**Salvador Pulido** (Gabinete colaborador)  
T: 647 39 31 83 / E: salvador@salvadorpulido.com

**Itziar Prieto** (Responsable Comunicación Área de Ensayo)  
T: 659 45 41 80 / E: iprieto@planeta.es